

Entre fuegos cruzados¹

LAURA NOVARO HOLGUÍN*

El psicoanálisis, por su naturaleza conflictiva, ha permanecido entre fuegos cruzados de diversa índole desde su nacimiento hace más de un siglo. Freud advirtió que una plaga se propagaría por el mundo ante el develamiento de las fuerzas *tónicas* de las pulsiones, provenientes del caótico inframundo del alma humana. El arma de fuego de la que primero se echó mano para eliminar este provocador descubrimiento fue la represión.

El velo que había sido arrojado sobre la sexualidad, los deseos innombrables y lo ominoso que habita en nosotros quedó levantado por Freud al invocar al retorno de lo reprimido, sacando a la luz aquello que sólo el arte se había atrevido a mostrar: el reino del inconsciente. Tuvo el genio de crear un revolucionario método para enfrentar los demonios del ser humano, librando una ardua lucha para ser escuchado, hasta que los tiempos se tornaron propicios para que esta plaga pudiera propagarse. El siglo XX, convulsionado por dos guerras mundiales y un sinnúmero de sismos y cismas sociales, se tornó tierra fértil para que floreciera el método psicoanalítico. Este nuevo camino de comprensión del psiquismo amplió también el espectro de comprensión de toda dimensión humana, como las estructuras sociales, la cultura, el arte, la política y el poder, entre otros, mostrando las mociones inconscientes que cada esfera entraña en su corazón.

La semilla psicoanalítica se ha plantado en casi todos los rincones del mundo. Un método que comenzó desde el rigor y la ortodoxia necesarios para mostrar una fundamentación sólida se fue nutriendo de grandes psicoanalistas que siguieron

*Laura Novaro Holguín
Psicoanalista titular
de la Asociación
Psicoanalítica de
Guadalajara (APG).

launovaro@hotmail.com

¹ Texto seleccionado para el libro *Mind in the Line of Fire*, editado por los comités de la API en la comunidad y en el mundo.

a Freud. La suma de subjetividades ha vigorizado y complejizado tanto la teoría como la técnica. Todo esto ha permitido que el psicoanálisis prevalezca, a pesar de no ser enteramente admitido por su naturaleza disruptiva. El psicoanálisis fue, es y seguirá resultando incómodo para el *statu quo*, y más en una época en que predomina el lema: "*Ignorance is bliss*".

El material radioactivo de las fuerzas pulsionales amenaza el sostén de un delirio social que se ha tejido por décadas: la sociedad del bienestar y de la felicidad como objetos de consumo, de la manía y el hedonismo, del escapismo y el predominio de las experiencias, repudiando el conocimiento y la reflexión, el silencio y la duda, el cuestionamiento a la verdad de uno mismo y de los otros. La cultura *psi* de la "autoayuda", que fomenta el autoerotismo, y los espejos tecnológicos, que nos devuelven una mirada idealizada, son armas muy poderosas que amenazan la profundización del ser, esa que se logra a través de un inter-juego dialéctico con un Otro que nos remueve de nuestra zona de confort y de la certeza psicótica.

El psicoanálisis también se encuentra en la línea de fuego cuando incluso los gobiernos buscan marginarlo, privilegiando a la industria farmacológica en nuestra sociedad capitalista al ser una de las más lucrativas; o la patologización de la psiquiatría, que prefiere la seguridad del reduccionismo en libros de catálogo que pretenden contener los secretos del psiquismo humano. Todo esto fomenta el encierro del sujeto en un diagnóstico, librándolo a su suerte en un callejón sin otra salida que la dependencia a los fármacos, tan poco creativa. Con ello crece la lista de sujetos enfermos y dependientes,

coartando su capacidad de transformación.

El psicoanálisis se rebela ante las estadísticas y las generalizaciones, ofreciendo una verdadera transformación a través de la creatividad y el descubrimiento de la complejidad subjetiva de cada ser humano en su singularidad. Por eso se lo considera un método peligroso y subversivo, enemigo de las "buenas costumbres", aquellas que con frecuencia esconden intenciones perversas de órganos de poder que necesitan conservar su fiel rebaño de seres irreflexivos y alienados.

Los psicoanalistas libramos una lucha en nuestros consultorios cuando los pacientes introducen en la diáda analítica esos poderosos rivales, los fármacos que prometen el bienestar eterno, la anulación del conflicto, del sufrimiento y del deseo. También luchamos contra quienes prefieren retroceder el tiempo unos 200 años con el rigor científico de la medicina, las matemáticas y las estadísticas para comprender lo humano, cuando lo humano es precisamente lo que nos aleja del instinto, los impulsos eléctricos, los códigos genéticos o los sistemas algorítmicos.

Desde este lente de lo fenomenológico se tacha al psicoanálisis de "pseudociencia", mientras los psicoanalistas sonreímos ante tan vano intento de denostar nuestra profesión, pues sabemos que el psicoanálisis no es una ciencia. El mismo Freud renunció a la manía de demostrarlo, porque sabía que se enfrentaba a algo mucho más complejo e interesante. Supo que es un método que se moviliza desde los márgenes, cuya verdadera naturaleza emana de la complejidad, pues opera desde los bordes de lo somático, de lo puramente científico,

atravesado por afectos y pasiones, por la realidad externa e interna, en un entretijamiento de lo biológico, lo psicológico y lo social. Tocado por la creatividad, el arte y la poesía, abre una dimensión de la existencia humana como construcción de un espacio simbólico que se pueda habitar; encontrar una morada en la cual surja un sujeto que logre re-conocerse y vivirse como ser-en-el-mundo.

Es así que el psicoanálisis ha estado en la línea de fuego desde su concepción, siendo los fuegos cruzados cada vez más feroces. La "sociedad líquida" es habitada por psiquismos más lábiles, personas con patologías narcisistas que no están dispuestas a ser "perturbadas" por el encuentro con un Otro. La superficialidad que prevalece en esta "era del vacío" es la de sujetos enfrascados en una posición especular, solipsista y autoerótica, que no busca una salida del Yo ideal (narcisista) hacia un ideal del Yo (simbólico), lo que permitiría a ese sujeto transitar en el tiempo y en el espacio, dando un verdadero sentido a su existencia. Este encierro en el delirio narcisista de una eternidad ilusoria y en la renegación del paso del tiempo, imposibilita al sujeto a tener un sentimiento de sí.

La nuestra es una sociedad que tiende a la bidimensionalidad al no permitir generar espacios internos. Las fallas identitarias reflejan precarias identificaciones adhesivas, desechables e intercambiables, elegidas "a la carta", dificultando la construcción de un Yo que lidie con las más mínimas perturbaciones de la vida, quebrándose como un frágil espejo.

La tendencia de estos psiquismos es la de utilizar mecanismos defensivos muy primarios en donde priman la ignorancia, la estupidez y la arrogancia. La

especularidad, la superficialidad y el privilegio de la experiencia sobre la existencia dan como resultado el predominio de la inmediatez sobre la continuidad, el funcionamiento primario sobre el secundario, la satisfacción inmediata y el principio de placer sobre el pensamiento y el aplazamiento de la satisfacción para fines más constructivos. La búsqueda de un *fix* de adrenalina, las *actings*, los automatismos, las toxicomanías, parecen ser las únicas salidas posibles para soportar la vida, siendo el imperio de la pulsión de muerte el que prevalece ante comportamientos autodestructivos. ¿Cómo sorteará el psicoanálisis esta línea de fuego para mantener un lugar en esta era del vacío y de la falta en ser? ¿Subsistirán las personas interesadas en conocer al mundo y a sí mismas en su complejidad y sus conflictos? La nuestra es una sociedad que tiende a lo a-conflictivo, al principio de placer y su más allá. La pulsión de muerte parece ir venciendo la batalla al preponderar la desobjetalización y la asimbolía.

Pensar la forma en que los psicoanalistas debemos seguir a pie de lucha a favor de la transformación y no de la estasis, así como del pensamiento profundo y no la estupidez, es una cuestión que debemos enfrentar, tomando acciones más comprometidas. Algunos aspectos de lo humano que más peligran son el lenguaje, el pensamiento, la autoconciencia, la compasión, todos ellos alimentados por el Otro, ese gran desterrado de la sociedad narcisista. Si no hay un reconocimiento de ese Otro, resultado de la compleja construcción del psiquismo, ¿qué nos depara el futuro? ¿Qué papel debemos tomar los psicoanalistas? Seguir a pie de lucha para que no perezca la complejidad y la profundidad

humanas, que no nos ganen la batalla el facilismo, el goce y el confort.

Y, al final, la más explosiva línea de fuego es la que atravesamos en cada encuentro con el paciente. Todas las esferas de lo humano se manifiestan durante el proceso analítico, siempre complejo y radial, en el encuentro genuino con el Otro. Es esta línea la más difícil de librar, pero la más apasionante porque nos compele en cuerpo y alma, *hic et nunc e in praesentia*. Un analista se entrega a un Otro, dispuesto a atravesar junto con él ese campo minado del inconsciente. El encuentro implica *per se* un conflicto que no sólo no se evita, sino que debe suscitarse; un analista que no implica todo su ser se defiende de él, permaneciendo intocado por el Otro. Julia Kristeva nos dice que un análisis es un acto de amor. El don que ofrecemos al paciente es el de la palabra amorosa, simbólica y transformadora, que nos conmina a donarnos en cuerpo y alma, dejándonos tocar por el dolor que el encuentro con un Otro provoca. En el proceso analítico circulan las pasiones, aunque con la asimetría necesaria.

Introduzco un término que no se suele relacionar con el psicoanálisis: la compasión. Este concepto de raíz laica, que en griego significa “padecer con el otro”, fue absorbido por el discurso religioso, desvirtuando su esencia al confundirlo con lástima o piedad. El tan machacado término *empatía*, “ponernos en los zapatos del otro”, se ha popularizado en el mundo psicoanalítico. Me parece que no alcanza a describir cabalmente el lazo simbólico que se establece con el paciente. El significado esencial de la compasión, “compartir la pasión”, implica en sí mismo un acto de donarse uno mismo al otro, una verdadera entrega

sin juicios ni expectativas; dejarse envolver por la pasión del paciente, desparando la propia.

Un acto compasivo paradigmático en la literatura universal aparece en el poema épico de *La Ilíada*. Homero nos conmueve ante una escena intensamente desgarradora: cuando Aquiles mata a Héctor, hijo de Príamo, en venganza por la muerte de su gran amor, Patroclo, degradando su cuerpo hasta la más despiadada vejación. Príamo, en un acto de humildad, cruza el territorio de las líneas enemigas sin protección, despojado de casi todo menos de su propia humanidad, suplicando a Aquiles que le devuelva el cuerpo de su hijo para poder llorarlo y honrarlo. Aquiles, en un acto de compasión, le entrega el cuerpo mientras que, unidos por el dolor ante la pérdida de sus seres amados, lloran juntos, frente con frente. Aquiles decreta diez días de luto para que Príamo pueda vivir su duelo.

¿No es acaso com-pasión cuando el analista presenta al paciente a sus muertos, sus fantasmas, sus duelos y sus dolores, y logra conectar, desde su historia, con sus propios duelos y pasiones? ¿Qué línea de fuego se compara con esta donación del analista cuando escucha a un paciente que huye de la guerra, exiliado, habiendo perdido a una familia entera?, ¿a otra paciente que ha perdido a una querida hermana, asesinada tan sólo por el hecho de ser mujer?, ¿a otro más que pierde a varios miembros de su familia durante la pandemia?, ¿a la víctima de un secuestro o un acto de delincuencia?, ¿o ante situaciones aparentemente más “triviales”, pero no por ello menos dolorosas? ¿Seguir adelante, tecnología mediante, ante la amenaza de la COVID-19, ofrecer nuestra escucha para ayudar al otro, a

pesar de reconocer nuestra propia vulnerabilidad? Éste es el verdadero significado de posicionarse en la línea de fuego, porque en sí mismo nos conmina a vulnerarnos.

La nueva mirada del analista será la que permitirá transformar a un ser sufriente en un sujeto deseante, en una lucha conjunta para llegar a "ser". Si los

analistas no nos dejamos transformar por el paciente, no estaremos haciendo nuestro trabajo, que es también una vocación y una pasión. Meternos al ruedo, movilizando las angustias propias y ofrecer una nueva mirada, un nuevo sentido, a pesar de que, al mismo tiempo, estemos llorando a nuestros propios muertos.